Impresiones de un vagabundo

Somos "empleados de plata"

por JORGE DE BORRAN

—Hoy iremos a ver las esclusas de Gatún —propuso mi amigo—. Es lo más admirable del Canal.

Después de haber visto Balboa, Miraflores, Culebra, y haber subido al pico de Ancón, son las esclusas de Gatún, en efecto, lo que más de portentoso tienen estas obras gigantescas que tan alto hablan de la inteligencia y del esfuerzo humano. Yo, admirándolo todo, sigo paso a paso a este ámigo cariñoso, que se empeñó en mostrarme todas sus maravillas, explicándome al mismo tiempo el trabajo llevado a cabo y los beneficios que presta.

—Han costado varios millones de dollars y algunos miles de hombres—agregó el amigo como para interesarme, mientras nos dirigíamos a la estación y casi al mismo tiempo de llegar a ella.

—Es construcción americana?—pregunté a mi acompañante señalando el edificio.

—Sí—contestó—. Es cómoda, limpia y de mal gusto, como todo lo americano.

Yo me sonreí. Mi amigo tiene la creencia de que los americanos sólo saben hacer cosas grandes, limpias y de mal gusto. A mí, lo único que me llamó la atención de todo el edificio fué ver en las ventanillas del despacho de billetes este letrero maldito que no puedo entender y que nadie me ha sabido aclarar:

«Empleados de Oro».

«Empleados de Plata».

Y mi admiración aumentó cuando distinguí en los vagones del tren el mismo estribillo. En vez de «primera clase» o «segunda clase» unos vagones tenían: «Empleados de Oro», y otros: «empleados de plata». Y lo mismo ocurre en Correos, en los Comisariatos, en la Corte de *Justicia*, (o de injusticia, que no sabemos lo que será) a todas partes, en fin, que dirijo mis pies.

—Cuenta la tradición—dice mi amigo, mientras el tren corre a 50 kilómetros por hora en dirección a Gatún—que esta línea ha costado un hombre por travieso y la estadística no lo desmiente.

—¡Un hombre por travieso! exclamé admirado.

—Sin contar los inútiles y los que se fueron a morir lejos de aquí.

—El progreso siempre se ha hecho con sangre, filosofé yo a modo de conclusión. ¡Todo cuesta!...

—Sí; todo cuesta—agregó mi amigo—pero hay cosas que cuestan demasiado!...

Yo no repliqué: sabía que mi amigo tenía razón...

* * *

—Bueno, y ¿qué me dices de la *Unión*?—pregunté a mi amigo después de haber visitado detenidamente los compuertos y visto su funcionamiento.

—¿De qué *Unión*?

—Pues de la Unión Centroamericana.

—Por toda respuesta, mi amigo sonrió.

—Qué! ¿No crees en ella?

—No solamente no creo en ella, sino que me *río* de ella. ¿Unión? Y ¿por qué? y ¿para qué?

—La Unión de todos estos pequeños pueblos de Centro América para resistir a las aves de rapiña del Norte—dije con acento grave.

Mi amigo lanzó una sonora carcajada, y después de unos minutos de silencio, dijo:

—¿La Unión de todos estos pequeños pueblos de Centro América para resistir a las aves de rapiña del Norte? Primero sería necesario hacer una unión para resistir a las aves de rapiña del propio Centro América. Mientras haya quien venda, habrá quien compre. Y con mucha más razón si el que vende no vende lo suyo y el que compra hace un buen negocio. Si los centroamericanos no vendiesen, los norteamericanos no comprarían; pero a todos les gusta comerciar: comercian con bananos, con vacas, con hombres y con pueblos. Y los dueños de Centro-América, lo mismo que los dueños de Norte-América, son, ante todo y sobre todo, comerciantes...y...comercian.

Mi amiguito calló por unos instantes, y después agregó en tono resuelto y convincente:

—No, amigo mío. Todas las uniones que podamos hacer no pasarán de paparruchas. Los yanquis no nos atacarán con cañones, sino con dollars; y no mandarán ejércitos a combatirnos en nuestras montañas, sino que mandarán banqueros a negociar con nuestros presidentes. Es inútil. Nuestra suerte está echada. Monroe lo ha dicho hace mucho tiempo: América para los americanos... del Norte.

Las últimas palabras de mi amigo casi no pasaron desapercibidas. En frente de mí aparecía de nuevo aquel maldito letrero: «Empleados de plata» «Empleados de oro».

—Dime, amigo ¿qué quiere decir eso de «empleados de plata» y «empleados de oro»?

—Es muy sencillo—contestó el amigo—Aquí, en la Zona del Canal, la gente se divide en dos clases: empleados de oro y empleados de plata. «Empleados de oro» son todos los americanos blancos y los blancos extranjeros que sean ciudadanos americanos o quieran serlo amén de hablar inglés y admirar las cosas americanas. Todos los demás sean blancos o negros, son «empleados de plata».

—Bueno, y, ¿qué diferencia hay entre ellos?— volví a preguntar.

—Simplemente—contestó mi amigo—un «empleado de oro», por el mero hecho de serlo, cobra un 50 %, más que un «empleado de plata» aunque hagan el mismo trabajo; viaja en primera pagando lo mismo que el que va en segunda; en los comisiariatos le dan lo mejor y más barato; habita las mejores casas; es preferido para todo a un «empleado de plata» y puede hacer cuanto le parezca bien a todo el que no sea «empleado de oro». En una palabra: el «empleado de oro» aquí tiene los mismos privilegios sobre el «empleado de plata» que en los Estados Unidos el blanco sobre el negro. ¿Te parece poco?—y al decir esto mi amigo sonreía... Yo me sonreí también.

—Exageras algo—murmuré.

—Sí; exagero algo!—contestó amargamente.

—Y dime, ¿hay negros entre los «empleados de oro»?

—No.

—Entonces—agregué—los «empleados de plata» son los negros?

—Con la diferencia que los negros consideran a los blancos que no somos ni queremos ser ciudadanos americanos.

—¿Cómo, negros?—exclamé admirado.

—No como negros—corrigió mi amigo—como empleados de plata, que es lo mismo.

—

Era ya tarde; el tren de las cinco estaba para llegar y nos dirigimos a la estación. Antes de llegar a ella nos cruzamos en el camino con un centenar de hombres, cubiertos de andrajos y sudorosos. Algunos arrastraban pesadas carretillas y otros traían al hombro picos y palas. Detrás de ellos venía un americano blanco, con revólver al cinto y una fusta en la mano. A mí me pareció que sus gestos eran los del mastín que vigila un rebaño, pero cuando estuvo más cerca distinguí en él los rasgos característicos del buldog.

—Son los empleados de plata—murmuró mi amigo.

Diez minutos más tarde, y sentado cómodamente en un vagón de primera, regre-

TEATRO TREBOL

Funciones variadas todos los días. El preferido por la sociedad culta y elegante

Manuel Rodó, Empresario

¡Emulsión Imperial!

La Panacea de los raquíticos; la salvación de los débiles; la que ha traído la tranquilidad a miles de hogares. Busque Ud. esta medicina en la

Botica Francesa

NOE G. BRENES

SASTRE

75 varas al Norte de la Joyería de Abraham R. Méndez.

Limón, C. R.

Carnicería Ideal

Siempre carne de primera : Legalidad en la pesa : Precios los más económicos : Situada en el Mercado.

ISAIAS GUILLEN, PROPIETARIO